

Se puede ir en la misma procesión siendo el primero, que en el orden litúrgico el último es el que cuenta. Se puede ser de una filiación, de una filialidad: la del cordero.

María Zambrano

“La filialidad del cordero”: Interpretación de la imagen simbólica del cordero en textos escogidos de María Zambrano

En otro lugar (Bundgård:2000) hemos caracterizado el pensamiento de Zambrano como pensamiento místico. Esta autora pertenece a la categoría de los pensadores “iconófilos” “que veneran las imágenes simbólicas como auténtica mediación de un sentido de otra forma inasequible” (Ortiz-Osés: 136). Mediante el símbolo Zambrano establece un puente entre partes irreconciliables de la realidad: entre lo material y espiritual, lo racional y lo místico.

Se trata aquí, en el marco de este seminario, de analizar e interpretar una imagen concreta, la imagen bíblica del cordero, que en el discurso zambraniano es significativa por su redundancia. Esta imagen simbólica aparece en los ensayos de Zambrano posteriores al exilio con diversas connotaciones semánticas que van de lo concreto a lo meramente simbólico. Intentaremos en las líneas siguientes dar cuenta del proceso evolutivo y dinámico que ofrece la mencionada imagen en textos representativos de María Zambrano.

En los ejemplos que hemos seleccionado para nuestro estudio el cordero es símbolo de sacrificio, pureza, entrega pasiva, abandono, expiación e inmolación por una culpa colectiva. El cordero es ante todo símbolo de una “filiación” espiritual a la que pertenecen aquellos que reciben el saber por donación. Toda esta simbología religiosa veremos que se configura en el discurso de María Zambrano en intertextualidad con la Biblia.

Detengámonos en primer lugar en la definición del símbolo. Etimológicamente símbolo del griego *Sym-bolon* significa lo que ha sido “lanzado conjuntamente”. En su origen el símbolo era una contraseña: una moneda o medalla partida que se entregaba como prenda de amistad o de alianza. El donante quedaba en posesión de una de esas partes. El receptor disponía sólo de una de las dos mitades, que en el futuro podía aducir como prenda o prueba de alianza con sólo encajar su parte en la que poseía el donante. En ese caso se arrojaban las dos partes a la vez, con el fin de ver si encajaban. (Trías:23, nota).

El símbolo es por lo tanto algo que reúne en sí un significado que de otra forma no sería perceptible. Símbolo de algo, de las dos partes reunidas, pasa a ser símbolo de una cosa. El símbolo es representante de una realidad espiritual que se hace sensible en él, es decir, es signo visible de una realidad invisible. Dicho con palabras de Andrés Ortiz-Osés (1993:133): “El símbolo es la figura que expresa escisión (compartición) de una realidad, tratando de suturarla místicamente por compartición” (Ortiz-Osés:133).

Como reunión de dos partes, el símbolo se encuentra en el intersticio de dos niveles. No sólo es signo de las dos partes que en sí reúne, sino que las incluye en sí mismo. En lo exterior del símbolo se manifiesta lo interior, en lo corpóreo lo espiritual, en lo visible lo invisible. Para poner un ejemplo, en la tradición religiosa judeo-cristiana, en el Nuevo y Viejo Testamento, el cordero es símbolo de inmolación, de salvación, de purificación, de palabra profética, de entrega pasiva y de aliento de vida. El cordero es a la vez divino y humano, es el hijo de Dios, es Verbo divino y Verbo encarnado. Reúne en sí lo concreto y lo abstracto, la mansedumbre y la voluntad de entrega. El cordero es parte del rebaño y a la vez es Buen Pastor. En el Apocalipsis el cordero lleva las marcas del sacrificio, pero su sangre blanquea las vestiduras de los fieles que le siguen. Éstos son llevados por el cordero divino a las fuentes de la vida (AP 7,14-17).

El símbolo pertenece al ámbito de lo intermediario, es siempre producto del contacto con una realidad inefable cuya intuición sentimos la necesidad de representar. Símbolo es lo que representa e interpreta algo que por demasiado concreto o por demasiado abstracto se queda más allá de los límites de lo comunicable. El símbolo es religioso, pues, como dice Ortiz-Osés, nos religa al Alma del mundo (Ortiz-Osés:141).

En el caso concreto del discurso zambrano, el símbolo del cordero alude a una

realidad no referencial, a una experiencia mística. En textos seleccionados para el análisis, el cordero es símbolo del exiliado que se concibe a sí mismo como víctima inmolada en función de la Historia y como receptor y donante profético de la palabra absoluta, en definitiva, como agente o como “lugar” de revelación de lo sagrado. A través del cordero como símbolo polivalente expresa Zambrano su teoría del saber de experiencia o saber de revelación. En cierto modo puede afirmarse que los escritos de exilio zambranos publicados entre 1939 y 1984 responden a un intento de delimitar y ordenar en un discurso simbólico sucesivas revelaciones de un saber de experiencia que trasciende toda lógica racional y toda razón científica, pues ese saber de experiencia es un acontecer simbólico que trasciende el conocimiento racional. La verdad se le revela a nuestra autora en el vacío de la conciencia, en un “claro” o espacio sagrado. El claro es simbólicamente un centro en el que coinciden el ser y la vida. En ese centro, punto vacío, tiene lugar el acontecer simbólico de la unión entre el lado simbolizante representado por el testigo y el lado simbolizado representado por la experiencia del ser emergente. En consecuencia, en el silencio que precede a la palabra se da en un instante efímero la unión mística del yo con el Alma del mundo, lo cual sólo puede ser expresado simbólicamente. El discurso zambrano sobre el exilio remite en muchos casos a una experiencia de revelación mística, de ahí la redundancia de imágenes y símbolos bíblicos que en sus textos se perciben. El exilio es para nuestra autora un espacio privilegiado, donde, debido al estado de abandono que sufre el desterrado, se dan coetáneamente ser y realidad en raros momentos creadores y fecundos.

Con la imagen del cordero, rica en connotaciones bíblicas, y a modo de marco, abre y cierra María Zambrano su discurso sobre el exilio como acontecer simbólico o espacio de asimilación a la verdad trascendente, pues el ser se alcanza por “asimilación” pasiva y paciente a una verdad recibida:

El hombre para ser tiene que asimilarse, así como para pervivir en la realidad tiene que asimilarla. Al asimilarse, se asimila a alguien. Un cierto temblor me da de recurrir, hablando de mí (pero, Señor, yo soy una criatura humana y no tengo la culpa) al libro más sagrado de nuestra tradición occidental, donde se habla de Aquel asimilado al Verbo por toda la eternidad, superior al Dios de Abraham, Dios no de sacrificio, sino el que ofreció el pan y el vino, la eucaristía" (SE: 17).

No puedo detenerme aquí en el análisis del significado que ha tenido el exilio para el pensamiento zambraniano, en otro lugar lo he hecho extensamente (Bundgård:137-177). Sólo apunto en esta ocasión que Zambrano considera el exilio simbólicamente como un fondo sagrado, un "centro" o "claro", en el que la luz y el "aliento" del espíritu fecundan, por así decirlo, al ser. Por eso, a diferencia de los demás intelectuales de su generación, Zambrano describe el exilio no sólo como categoría cultural, sino como categoría metafísica. Es decir, el exilio no se piensa en su caso como algo que sobreviene a lo propio, ni en relación con lo propio, sino como la dimensión misma de lo propio. Así entendido, el exilio es el espacio de un acontecer simbólico, el de la emergencia del ser, lo cual presupone un "desnacerse" al hilo de la vida. Experiencia inefable a la que nuestra autora se refiere mediante símbolos, iconos o alegorías. En ocasiones, Zambrano se refiere al exilio como "desierto" o "sepulcro de piedra", donde el exiliado espera la muerte vivo. El exilio es un "lugar", donde las categorías de tiempo y espacio se alteran, pues el tiempo se hace espacio y este último pierde su configuración y límite. El exilio es un silencio, dice Zambrano, un vacío revelador, un tiempo "sin tránsito" (CB: 74).

El exilio es un proceso que, como la pasión de Cristo, tiene sus "pasos" o figuras de pasión. El primero de esos "pasos" acontece en el instante mismo del destierro. Entonces el desterrado se desprende del horizonte familiar como lugar de lo propio. Ese sentimiento

doloroso de desgajamiento de la comunidad ha sido simbolizado por Zambrano en dos ocasiones distintas mediante la imagen bíblica del cordero sacrificial. En *Delirio y destino* deja la autora testimonio de una vivencia concreta, que en textos posteriores, al perder nuestra autora la esperanza del regreso a España y entrar en un exilio definitivo sin esperanza de retorno, adquirirá nuevas connotaciones. Esta primera alusión al cordero que encontramos en los textos de Zambrano es concreta, pues parte de una experiencia real :

Porque aquello era la guerra, o algo que estaba todavía dentro de la epopeya vivida. Mientras anduvo formando parte de esa multitud no se sintió sola ni vencida. Quizá la multitud tenía ánimo, porque delante de ella, en la fila para pasar la frontera abierta, al fin, aquella mañana, iba un hombre con un cordero atravesado sobre su espalda, porque no muy lejos iba una mujer con una vaca, porque había encontrado amigos, compañeros de otros tiempos, como si se hubieran dado cita aquellos que quedaban de los primeros días de aquel ensueño, de aquel destino soñado". (DD: 264)

Si bien la imagen del cordero en este párrafo que acabamos de citar es concreta, sin connotaciones religiosas explícitas, pues la autora describe a la multitud que abandona la patria un día de enero de 1939, huyendo con sus pertenencias y animales, el lector, cuyo referente cultural sea el judeo-cristiano, no dejará de percibir la intertextualidad bíblica. En el Libro Sagrado el cordero simboliza el sacrificio, es la víctima inmolada sin resistencia para salvación de los hombres. Víctima es también Zambrano y el pueblo español vencido, desterrados e inmolados por una causa ya perdida.

Las connotaciones bíblicas de la imagen del cordero se vuelven más explícitas en un texto posterior al que acabamos de citar. Nos referimos a *La tumba de Antígona* de 1967. En dicho drama alegórico, Zambrano simboliza su propia experiencia de exiliada. Antígona es una figura arquetipo, es la "víctima" por anto-

nomasia, que acepta voluntariamente el sacrificio en función de una verdad anunciada. Enterrada en vida, la Antígona zambraniana, de la estirpe de los “enmurados”, es como un “cordero”, escribe la autora, marcado por el sello de la verdad de su amo:

La verdad es a la que nos arrojan los dioses cuando nos abandonan. Es el don de su abandono. Una luz que está por encima y más allá y que al caer sobre nosotros los mortales, nos hiera. Y nos marca para siempre. Aquellos sobre quienes cae la verdad, son como un cordero con el sello de su amo (TA: 250).

La verdad aquí mencionada no es concreta ni se conquista voluntariamente, se trata de una verdad que trasciende la realidad y de la que sólo se puede hablar mediante símbolos. Es la verdad del ser que emerge ante la presencia de la muerte. Es ésta una verdad que no requiere esfuerzo, que se recibe por donación, como por “donación” se recibe la pasividad. Aquellos sobre quienes cae la verdad que es luz del espíritu, piensa Zambrano, son los elegidos, el rebaño de corderos que siguen dócilmente a su amo y buen pastor en el valle oscuro que es la vida del abandonado en soledad, la vida del vencido y del fracasado. Las connotaciones bíblicas no pasan ahora desapercibidas. El que recibe la luz de la verdad revelada pertenece al rebaño del Buen Pastor que guía a sus ovejas. En la Biblia, la docilidad de la oveja y su dependencia del pastor son imagen de la relación de Dios con el hombre. Simbólicamente visto, los corderos de la ofrenda de la antigua alianza son todos ellos símbolo del cordero de la nueva alianza: Cristo, que se ofrece a sí mismo por la humanidad entera. La imagen simbólica del rey pastor se encuentra en las literaturas antiguas y es muy frecuente en la literatura bíblica por tratarse de un pueblo semita nómada dado a la vida pastoril. Yahvé es el pastor de Israel. David fue el pastor y rey fiel de Israel y figura del futuro Mesías que realizará el ideal del pastor en sentido superior, pues las almas forman su rebaño, por ellas Cristo, el Buen Pastor, dará su vida.

Ahora bien, el Cordero divino es, como hemos apuntado más arriba, también un símbolo de inmolación, tanto en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento. En el Éxodo (Ex, 12) la sangre del cordero pascual libró a los hebreos de la exterminación y en Isaías, (Is, 53), el siervo de Yahvé paciente como un cordero muere para salvación de los hombres. Juan Bautista, el Precursor, reconoció a Jesucristo como siervo de Dios y como verdadero cordero pascual al decir: “Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Agnus Dei qui tolis peccata mundi) (Jn, 1,29). Jesús hace referencia a sí mismo como cordero pascual al celebrar la última cena con sus apóstoles y Pablo lo afirma directamente: “Porque Cristo, nuestro cordero pascual, ya fue inmolado” (1 Cor 5,7).

En el artículo de Zambrano “Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes” de 1971, aparece una vez más la imagen del cordero, pero ahora en el marco descriptivo del cuadro de Zurbarán titulado precisamente “Agnus Dei”. Zambrano resalta allí el significado simbólico de la luz y la blancura del cuadro, blancura que, afirma la autora, “se sobrepone a todo, mueve a quietud” (LP: 116). Se trata de una blancura “en estado naciente” dice, que propicia la aparición de algún ser no muy dado a ser visible. Blancura que remite a un centro divino que a modo de sombra remite a su vez al lugar de donde procede la luz que atraviesa la figura del cordero inmolado:

Nace (la blancura) como una criatura venida “desde el fondo de las edades”, sombra del Cordero, se diría. Ilimitada palabra que se derrama, se hunde, blanca sangre del sacrificio; balido, llanto, aliento que se infunde (LP: 117)

El cordero es en este caso símbolo de sacrificio y pureza, la intertextualidad con la Biblia es explícita en este caso, pues la imagen paradójica de la “la blanca sangre” remite al Apocalipsis de San Juan (Ap 7, 13), donde se habla de los elegidos de todas las naciones, es decir, los cristianos creyentes, que acuden ante

el trono de Dios a cuyo lado se encuentra el Cordero, revestidos de un ropaje blanco y con palmas en las manos. De los elegidos dice el Apocalipsis:

En esto, hablándome uno de los ancianos, me preguntó: Ésos que están cubiertos de blancas vestiduras, ¿quiénes son?, y ¿de dónde han venido?. Yo le dije: Mi Señor, tú lo sabes. Entonces me dijo: Estos son los que han venido de una tribulación grande y lavaron sus vestiduras, y las blanquearon en la sangre del Cordero" (Ap 7, 13).

Es decir, la pureza de los elegidos, su blancura, pasa antes por el dolor y el sacrificio. El cordero poco después es relacionado por Zambrano con el Verbo divino, con Cristo, inmolado por los hombres:

Zurbarán nos ha dejado la imagen del cordero mismo, atadas sus manos -que manos son- dos a dos, quieto, sabio, entregado. Quietos en su ser de palabra de vida dada, en el centro del sacrificio, en el hueco de la cruz. Enseñándonos que la palabra primera pasa, llega, viene del sacrificio inicial Ecce Agnus...que al transfundirse deja sin saber "toda ciencia trascendiendo", palabra absoluta que sólo se da pasada por el sacrificio (LP: 117).

La palabra primera, matriz de todas las palabras que a ella remiten, es para Zambrano la palabra del silencio, la palabra absoluta que revela a los elegidos la presencia de una tierra prometida, verdadera, sin dolor. Pero alcanzarla exige sacrificio y renuncia. El cordero de Zurbarán es una imagen simbólica que, de acuerdo con la lectura interpretativa zambrana, reúne en unidad muerte y vida, luz y sombra, sacrificio y paciencia, entrega y sabiduría, más allá del conocimiento científico. En definitiva, es signo de revelación de un misterio velado que el cordero como símbolo de Cristo expresa en silencio.

En 1985, después del regreso a España, publicó Zambrano un artículo en torno al

saber de experiencia que, según ella, adquiere pasivamente el que sufre el exilio sin perder la esperanza de alcanzar una tierra prometida. El artículo que lleva el subtítulo de "notas inconexas" incluye reflexiones sobre conocimiento y verdad, recuerdos autobiográficos y una interpretación final. Se trata de un texto en principio hermético, a menos que se lea en intertextualidad con el *Apocalipsis* de San Juan, pues los símbolos y las alegorías de dichas "notas" tienen su clave hermenéutica en la simbología bíblica. El cordero es la figura simbólica central del texto, esta vez enriquecida con nuevos significados. En las notas introductorias establece la autora una contraposición entre ser y realidad. El conocimiento del ser, dice Zambrano, se alcanza por experiencia y es en cierto modo intransferible. Ese conocimiento reclama expresión, pues no todo ser humano lo alcanza de forma directa, y quien lo logra, busca formas adecuadas para su transmisión. ¿Cómo transmitir ese saber de experiencia que lleva al sujeto que lo adquiere a acortar la distancia entre la realidad y el ser? ¿Cuál es el camino que hay que seguir para que coincidan ser y realidad?, se pregunta Zambrano.

La respuesta se da en la segunda parte del texto, que es la parte nuclear, en la que se combinan experiencias autobiográficas con un cierto sentimiento religioso.

El método que, a modo de guía, marcará el camino que se ha de seguir para llegar a la experiencia simbólica de unidad del ser y la realidad, parte, según Zambrano, de una experiencia. Se trata de un proceso de asimilación espiritual que pasa por el sacrificio, el desarraigo, el abandono, la entrega y la identificación con la palabra absoluta: con el Verbo divino.

El proceso de asimilación que en su caso propio desembocó en un "saber de experiencia" sobre la emergencia del ser, lo simboliza Zambrano en el texto que comentamos en forma de relato sobre el éxodo que la llevó al exilio. Para expresar la sensación inefable de abandono y muerte producida por el desgarro

del destierro, recurre la autora de nuevo a la imagen del cordero que ya conocemos del libro *Delirio y destino*. Dos elementos nuevos se añaden en esta segunda versión del destierro a la imagen concreta del cordero transportado en las espaldas de un hombre que la precedía entre la multitud que dejaba el país: la relación especular que expresa el intercambio de miradas, que según Zambrano se da entre ella y el cordero, y el aliento simbólico que ella percibe en el animal transportado a espaldas del hombre. La imagen se transforma ahora, debido a esas connotaciones, en un símbolo religioso en el que se unen dos dimensiones: una real, referencial y otra transcendente que apunta a la visión apocalíptica de la comunidad de fieles purificados con la sangre del Cordero. Zambrano se identifica con el cordero como símbolo de víctima inmolada, el cordero pascual del Antiguo y del Nuevo Testamento, y a la vez percibe en el aliento del cordero el símbolo del Espíritu:

Y el hombre que me precedía llevaba a la espalda un cordero, un cordero del que me llegaba su aliento y que por un instante de esos indelebles, de esos que valen para siempre, por toda una eternidad, me miró. Y yo le miré. Nos miramos el cordero y yo. Y el hombre siguió, y se perdió en aquella muchedumbre, por aquella inmensidad que nos esperaba del lado de la libertad (SE:16).

Los años de exilio los presenta después la autora como un largo proceso de búsqueda de ese cordero simbólico ausente. A la hora del regreso, después de los largos años de exilio, en el momento de pisar tierra española, Zambrano concluye: “el cordero era yo”. “Yo me había asimilado al cordero”:

Y luego he vuelto. Y el cordero no estaba esperándome al pie del avión. Ahora bien, procuré, cuando yo puse el pie en tierra, quedarme completamente sola y pisar la tierra española sola, sin apoyo. Pero el hombre del cordero no estaba. ¿Cuándo he venido a darme cuenta? (...)

Y, cuando he visto las imágenes que sacaron los fotógrafos que me aguardaban, tan conmovedoras, tan blancas, tan puras, entonces vi que el cordero era yo. El hombre no aparecía sosteniéndome en su espalda porque yo me había asimilado al cordero (SE:16).

La clave de estas simbólicas palabras se encuentra en el Apocalipsis de San Juan. Los Bienaventurados, los elegidos por el Buen Pastor, aquellos cristianos perseguidos que se han dejado guiar por él y purificar por su sangre, aquellos que son de la filiación del cordero, es decir, aquellos que se han desprendido de la realidad y de las circunstancias para crear un espacio de germinación del ser, esos seres asimilados al Verbo y al Espíritu, alcanzan finalmente la tierra prometida, más allá de cualquier patria histórica o de cualquier utopía.

Ningún otro texto demuestra de forma tan explícita el carácter religioso y místico del discurso de María Zambrano, pues la verdad a la que remite el texto es una verdad revelada, es la verdad de Cristo, el cordero pascual. Una verdad que reciben por donación los que se “asimilan” al Verbo divino y que sólo se puede expresar simbólicamente, pues el símbolo remite al fondo irracional de la realidad y es justamente ese fondo místico el que quiere atrapar Zambrano a través del símbolo del cordero:

Así los largos años de exilio me han servido, sin que yo me lo propusiera, pues que de habérmelo propuesto sería una alegoría o una caricatura, o una locura de manicomio simplemente, para irme asimilando al cordero y a aquella mirada indecible, a aquella mirada que no intento transcribir en palabras (SE: 17).

BIBLIOGRAFÍA

- Bundgård, A. (2000), *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Trotta, Madrid.

Cirlot, J. E. (2000), *Diccionario de símbolos*, Siruela, Madrid.

Ortiz-Osés, A. (1993), "La simbólica religiosa" en *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, 3, *Religión*, Trotta, Madrid.

Trías, E. (1994), *La edad del espíritu*, Destino, Barcelona.

Zambrano, M. (1985), "Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes" en *Algunos lugares de la pintura*, 99-119, Espasa Calpe, Madrid.

Zambrano, M., (1986) "La tumba de Antígona" en *Senderos*, Anthropos, Barcelona

Zambrano, M. (1988) *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona.

Zambrano, M. (1989), *Delirio y destino*, Círculo de Lectores, Barcelona.

Zambrano, M., (1995), "El saber de experiencia" en *Las palabras del regreso*, 15-17, Amarú Ediciones, Salamanca.



Josep Cisquella, *Shadow of Banisters*, 2001